

además, el escaso espesor de la cordillera, que no dejaba al interior más que un corto número de cuencas favorables á la colonización, obligaba á detener su marcha ó replegarse lateralmente en dirección al mar á aquellos emigrantes á quienes la lucha por la existencia había conducido al pie del Cáucaso ó de sus cordilleras paralelas al Norte ó al Sud. La montaña no les ofrecía en esta parte de su arista más que un corto número de brechas transversales que invitaban á los viajeros á la ascensión; los muros paralelos que se suceden de Norte á Sud son muy difíciles de franquear, los más bajos á causa de sus rocas abruptas y de sus bosques continuos y casi impenetrables, los más altos por sus nieves. En cuanto á intentar un viaje circular para rodear de una á otra vertiente la extremidad del Cáucaso occidental, casi quimérico hubiera sido emprenderlo, porque los promontorios de la orilla meridional, todos fáciles de defender por corto número de hombres, se sumergen á centenares en las olas del mar Negro. Hace dos mil años se instaló un ejército de trabajadores, bajo las órdenes de Mitrídates, para trazar allí un camino en cornisa como el que sigue el Mediterráneo entre Niza y Spezia: era el único medio de unir las dos mitades de su inmenso imperio, al norte y al sud del Ponto Euxino; pero este camino duró solamente un corto número de décadas, porque ni los emperadores de Roma ni los de Bizancio se cuidaron de conservarle; los Rusos le restablecieron después de un abandono de veinte siglos.

Al macizo de montañas, uno en su formación, corresponde una población que sea una por sus orígenes, sus costumbres y su historia, pero á la que el acantonamiento en pequeños grupos ha diferenciado poderosamente. Á excepción de los Svanés de la alta cuenca del Ingur, y de los Karatchai «gentes del Torrente Negro», de los valles septentrionales vecinos del Elbruz, todos los habitantes de las montañas del Oeste pertenecían al grupo de las naciones más ó menos mezcladas que en otro tiempo se designaban bajo el nombre genérico de Tcherkesses ó Circasianas. Verdad es que los Kabardes (Kabardin, Kabertai) del Este, los Adighé del Nordeste, los Abazes ó Abkhazes de la vertiente meridional presentaban entre sí notables diferencias, procedentes del suelo, del clima y de las relaciones de comercio, pero constituían un grupo étnico perfectamente diferenciado. Tal era, de una manera general, la distribución de los pueblos

en el Cáucaso antes de la llegada de los Rusos, y puede decirse con toda certidumbre que en la época antehistórica, las condiciones del medio, análogas á las de nuestros días, determinaban una agrupación de la misma naturaleza entre los escasos habitantes.

Cualquiera que fuese el origen de tal ó cual tribu de las montañas, la manera de ser de la comarca condenaba á la mayor parte de los indígenas á una existencia completamente aislada. Los valles del Cáucaso, no ofreciendo más que una puerta del lado de la llanura, y hallándose limitados por todas partes por las nieves y los glaciares inaccesibles, constituían otros tantos dominios distintos, á veces hasta verdaderas prisiones, trampas inmensas en que se veían encerrados ciertos pueblos, que conservaban su individualidad particular. Había valle de la Svanecia (Suanecia, Svania) ó del Daghestan que era un mundo verdaderamente cercado, donde alguna familia aprisionada vivía desconocida de las naciones del exterior, formando por sí sola una pequeña humanidad que ignoraba la existencia de la gran humanidad del extenso mundo. En ninguna otra región montañosa de Europa y de Asia se observa la existencia de tantos grupos humanos que se distinguen claramente unos de otros y se niegan á reconocer lazos de parentesco que, no obstante, son incontestables; debido á que en ninguna otra comarca como el Cáucaso presenta al mismo tiempo y en el mismo grado caracteres de orden más diferente, ni ejerce, por la riqueza natural de su flora y la dulzura de su clima, un poder tan grande de atracción, ni posee, por la forma de sus cuencas de difícil salida, tan poderosa fuerza de fijación.

Un pasaje de la *Geografía* de Strabon, citado muy frecuentemente (libro XI, c. II, p. 16), refiere que, según las relaciones de los mercaderes «trescientos pueblos» se encontraban á veces sobre el mercado de Dioscurias, la Sukhum-Kaleh actual. El geógrafo griego, protestando contra esta exageración, evalúa, sin embargo, en setenta el número de las poblaciones diversas de distintas lenguas cuyos representantes cambiaban sus géneros en la ciudad de Dioscurias: estos datos precisos los debía sin duda Strabon á Moapherne, tío paterno de su madre, que había sido gobernador de la Cólquide (lib. XI, c. II, p. 18), y puede tanto más creerse en su verdad aproximativa, cuanto que, sólo para la Transcaucasia, el censo de 1891 enumera

sesenta y seis pueblos diferentes, y que se cuentan poco más de ochenta para el conjunto del Cáucaso. Hay, pues, coincidencia á mil ochocientos años de intervalo entre lo dicho por Strabon y los datos precisos suministrados en nuestros días por los etnólogos y los estadísticos; la historia atestigua que, á pesar de las emigraciones y los cambios de residencia, el fondo étnico ha quedado el mismo: muchos pueblos, ejemplo los Svanes, están acantonados inmutablemente en la ciudadela de montañas que habitaban sus abuelos. Por lo demás, Strabon da una explicación completamente errónea, más bien absurda, de esta prodigiosa variedad de los Caucasicos: «Sería preciso atribuirle, dice, á la vida errante que llevan esos pueblos»; cuando la verdad es todo lo contrario. Esta variedad proviene del semicierre de los valles caucásicos en los cuales las tribus están forzosamente aisladas, sin poder entremezclar sus vidas, y no conociéndose más que por los encuentros con los mercaderes en los apartados lugares de feria.

Así dividida en dominios numerosos, la Caucasia no podía constituir un imperio, un Estado homogéneo: á lo sumo unos bandidos descendidos de la montaña dominaban temporalmente las poblaciones aterrorizadas de las llanuras adyacentes, ó bien unos conquistadores de la campiña abierta penetraban en algún valle tributario; pero las facilidades de la defensa y las dificultades del ataque, juntos á la casi imposibilidad de los transportes, habían de conservar durante siglos el equilibrio primero de las numerosas pequeñas nacionalidades yuxtapuestas. Los conquistadores llegaron fatalmente del exterior, y no pudieron sostenerse allí sino hasta una época en que las llanuras del Norte, ocupadas por una población muy considerable, les suministraban, por la industria y la riqueza, un enorme poder de ataque. Estas condiciones no se han satisfecho hasta el corriente del siglo último, que vió nacer el poder de Rusia en aquellos sitios.

Sin embargo, las cien nacioncitas aisladas debían de traficar unas con otras, y por contacto individual se estableció un movimiento comercial que ya fué considerable en los tiempos míticos, como nos lo refiere la leyenda del Toisón de oro. Los Griegos navegaban directamente hacia las bocas del Phase, el Rion actual, pero recibían sobre todo por intermediarios los metales y otros objetos de valor procedentes de la región del Cáucaso. En la división natural del trabajo que

se opera entre los pueblos, conforme á las condiciones especiales de su medio, ciertas tribus se encargaron del transporte, y gracias á su oficio pacífico, necesario á todos, adquirieron en todas partes el derecho de hospitalidad. De este modo se tienen muy serios indicios para admitir la existencia de un comercio establecido regularmente entre el Cáucaso y las orillas del mar Báltico por mediación de los Osses, acaso también por el de los Ases inmigrados en Escandinavia y que estaban unidos por lazos de parentesco á la población que ocupaba entonces y ocupa todavía las dos vertientes del paso del Darial¹.

Comparados á la muralla que se levanta oblicuamente entre los dos mares — Ponto Euxino y Caspio, — los diversos macizos á que se da alguna vez el nombre de Anti-Cáucaso, no tienen regularidad alguna en su distribución y presentan varios centros de formación y resistencia, complicados con roturas y pliegues que atestiguan una historia geológica muy accidentada. En ese dédalo pueden reconocerse varias alineaciones de montañas, pero en ninguna parte se ven largas aristas continuas como el muro caucásico. Las cadenas están recortadas sin orden aparente en varios fragmentos secundarios por los torrentes y los ríos: aquí el Rion y el Tchorukh, allá el Araxa y el Kura; al Oeste y al Sudoeste los diversos afluentes del Eufrates; al Sudeste los del Tigris han despojado un cubo enorme de escombros para distribuirle en aluviones en el mar Negro, el Caspio y el golfo Pérsico. Esos grandiosos fenómenos de erosión dieron por resultado vaciar la mayor parte de las extensiones de agua que antes ocupaban las cavidades de esas altas tierras, de las cuales aun queda cierto número, grandes y pequeñas. Menos elevado por término medio y de dimensiones más extensas, el Anti-Cáucaso ofrece pendientes forzosamente menos rápidas que las de los montes caucásicos, y por consecuencia debe retener sus cuencas lacustres más tiempo antes de ser vaciadas por los profundos cortes de los cauces fluviales.

Los montes Armenios, que elevan sus escarpas al sud de las campiñas transcaucásicas, reposan sobre una base uniforme de unos 2000 metros surcada en diferentes direcciones por los torrentes, dominando

¹ Champeaux, *Science sociale*. — Vivien de St.-Martin, *Recherches sur les Populations primitives du Caucase*.